EN BUSCA DE MADAME

Estaba ya recogiendo el fonendo y redactando los informes pendientes, cuando me distrajo un ruido inesperado en la sala de espera. *Qué raro*, pensé, *si ya he visto a todos los pacientes.* Seguí a lo mío, aunque la elevaba temperatura, más propia del Congo o del mismísimo templo del sol, me ralentizaba: *¡Puff, qué calor*¡ Me abaniqué con un viejo tebeo olvidado sobre la camilla, del que cayó una hoja suelta, a la vez que contemplaba con envidia y medio dormida la hermosa estampa del Tíbet colgando en una pared vertical, donde la montaña sagrada aparecía algo oculta tras un arcano fetiche que lucía con la oreja rota. *¡Y qué sopor¡,* Más que una consulta, la sala hervía cual fumadero de opio.

El ruido se repitió, más fuerte y más cerca. Presté atención: lo que se oía no eran exactamente pasos, sino una especie de rítmico repiqueteo, como el golpear de las pinzas de un cangrejo, que se movía sinsentido de uno a otro lado. El pasmo fue mayúsculo cuando, al tiquitiquitiqui, se sumó otro sonido: ¡Un ladrido¡ ¡*Pero bueno, ¡qué hace aquí un perro¡,* grité en silencio mientras me precipitaba a abrir la puerta para aclarar el lio.

Un muchacho pelirrojo, con un exagerado tupé, anacrónicamente vestido -pues a pesar del calor sofocante, lucía unos anchos bombachos marrones con calcetines altos y una camisa blanca bajo un cerrado jersey azul- estaba haciendo gimnasia en el pasillo, mientras llamaba insistentemente a un gran fox terrier de pelo duro que no estaba dispuesto a hacerle el menor caso. Cuando abrí bruscamente mi puerta, los tres quedamos paralizados. *Esto es un metasueño,* pensé, *eso que llaman sueños lúcidos; me he quedado dormida y estoy soñando; porque la alternativa resultaría bastante peor: estoy delirando.* Pero no, ni pesadilla ni alucinación.

El chucho corrió junto a su amo y se me quedó mirando descaradamente mientras movía el rabo. "*Hola, hay alguien ahí, ¿verdad?",* preguntó el muchacho. Tragué saliva y me agarré al quicio de la puerta. "*Perdone, me han dejado pasar con el perro, es un lazarillo".* Por alguna sinrazón, todo me resultaba cierto y falso. *"Y me han dicho que busque al médico, ¿es usted?"* Asentí muy despacio, aunque inmediatamente me percaté de que si era ciego no podía verme el gesto. "*Sí",* me escuché decir muy quedo. "*Guau",* saludo el can con energía; "*guau"* repitió mirando ufano al chico, como diciendo "*Lo ves, listillo, ¿cómo te traído bien?"* Y sin más, se encaminó dentro de mi consulta arrastrando a su amo que ya había recuperado la correa y, sorprendentemente, la vista.

Cada uno ocupó a sus anchas una de las sillas del otro lado de la mesa. Me dejé caer, por no decir que me caí en la mía, sin saber bien a quien dirigirme.

- *"Pues… ustedes dirán en qué puedo ayudarles*".
- "*Bueno, lo primero rogar sus disculpas* -el joven se expresaba con gran educación y cortesía- *por no haberle pedido cita, pero es que la consulta no es para mí, sino para un amigo que no quiere venir*".

Madre mía, la cabeza me daba vueltas.

- *“Un amigo, dice…”.*
- *“Sí, un amigo. No he podido conseguir la cita porque no aparece en el sistema informático”.*

No es de extrañar, concluí para mis adentros.

- *“Debe ser que escribieron mal su nombre* -continuó sin pausa- *porque es extranjero y, muchas veces, escriben su apellido sin h, o con una sola d, o terminado en k en vez de ck. No sé si sería usted tan amable de ver si le aparece en su cupo”.*
- *“Pero ¿tiene la tarjeta sanitaria?”.*

Madredelamor, pero ¡qué estupidez estoy preguntando ¡

- “*Rayos y centellas, por supuesto que sí; pero en algún siglo se trabucaron las letras y ya no se escribe Hadoque (como suena) sino Haddock, con h, con dos des, acabado en ck. Tecléelo, por favor, a ver si puede usted acceder a su historial”.*

Por algún motivo que no acierto a saber, tecleé*. “Guau”,* me instó el fox terrier que seguía atentísimo a todo lo que decía el pelirrojo.

- *“Sí, aquí está, Archibaldo Haddock”,* anuncié triunfante un segundo antes de recapacitar en que me había dejado embaucar por el chaval que ya no me estaba pareciendo tan joven.
- “*Perfecto, doctora. Pues como podrá comprobar, mi amigo tiene una gran afición a la espiritualidad”.*
- *“¿Cómo dice usted?”*
- *“Nada grave, es un asunto frecuente entre marinos mercantes, como me hizo saber el profesor Tornasol”.*
- *“Ya”.*
- *“O sea, que necesita ayuda”,* añadió como si eso pudiera servirme de aclaración, a la vez que sacaba de los enormes bolsillos de sus bombachos un block de notas y una cámara fotográfica.

Carraspee, mientras el perro también entraba en acción y comenzaba a husmear por toda la habitación:

- *“Y concretamente, ¿qué es lo que hace pensar que yo se la puedo dar?”.*
- *“Ay madame, madame, no disimule por favor. Seguro que puede ayudarme, se lo ruego. Como sabe, los hermanos Hernández y Fernández trabajan para la policía secreta, y han averiguado que usted es la única dueña, la legítima heredera, de las siete bolas de cristal”.*

Así que era eso. Aquel extraño reportero y su inquietante perro acababan de desvelarme la verdad. Y aunque lo quise atribuir a un golpe de viento, sobre la camilla brillaban esos vidrios esparcidos que toda mi vida quise ocultar.